

Oh, melancolía

like a rolling stone

El aire no es un aroma
no huele a nada.

Walt Whitman

No puedo responder como quisiera. Voy ya a cumplir cuarenta y cuatro años y no he podido dejar atrás la infancia. Ella me acosa como el pan de cada día, con su mirada ingenua, con su eterna espera, como si pudiera súbitamente reiniciarse la mañana familiar, tiempo antes del relámpago y la fosa.

Algunas tardes, ubicado en mi diario oficio de maestro, siento desazón y algo de envidia ante los padres mientras los escucho hablar, preocupados, tan convencidos, sin acertar a comprender las conductas de sus hijos, esos desganos, tanta insolencia. Entonces pienso que ellos portan tras

por Constantino Carvallo Rey

de sí, seguramente, un pasado feliz o por lo menos olvidable, un tiempo infantil que los integró suavemente al mundo sin dejar esa grieta abierta que en algunos hombres deja el temprano roce con los otros. Hablo de una dolorosa inadecuación, surgida de ese tiempo de soledad sin conciencia. Me digo, qué tipo con suerte, ha podido olvidar su infancia y ahora incluso se asombra ante las conductas que él mismo tuvo. Construyó el muro, logró distanciarse de la irresponsabilidad del niño, del mundo de los miedos y las apariencias inquietantes, de la irracionalidad y la magia. Puede concentrarse en su papel

de adulto, aprendió a rasgarse las vestiduras, la línea de lo que debe ser le aparece como una clara alameda y desde allí voltea a mirar, con perplejidad y disgusto, sus propios rasgos en el hijo que sanciona.

Y yo ahí, con la única convicción de ser un impostor, con la incapacidad infantil para emplear el juicio, hablando del niño como un camarada, intentando pasar por ciencia lo que no es otra cosa que semejanza, vistiendo como tolerancia lo que es apenas simpatía. Y, mente cruel, aguardando la hora de partir, de regresar al libre juego de lo que me demande el cuerpo, ocio amado que me regala el susurro de una melodía, la visión luminosa de algún film, el dulce hacer nada pero, sobre todo, el arte predilecto de, tumbado, dar color y formas nuevas al pasado.

No niego que he ganado mucho con crecer, con dar tono a mis músculos, con mantener recta la columna, con adquirir exclusividad en la

locomoción bípeda. He construido con obstinación una personalidad, me he plantado firme ante la adversidad y he llegado a vislumbrar las fronteras de mi ser, el brillo y las oscuridades de mi alma. Hace apenas unos años he domado el potro negro de Platón, he tomado las riendas y soy ya el auriga de este carro que inevitablemente me arrastra hacia adelante.

Sin embargo, permítanme insistir, no he podido desprenderme de mi infancia, mi vida no se asemeja al cohete que va aligerándose en su marcha al infinito. Me sucede, más bien, como al móvil de Einstein, el que, pasada la velocidad de la luz, al aumentar su velocidad, crecía también su masa, retardando finalmente el movimiento. Podría decir quizá que me he librado de la angustia adolescente, pero sobre todas las edades permanece mi infancia, en el pretérito y en el futuro, ahora y en la hora de mi muerte. Y de ella, primordialmente, el abrazo con la tierra, ese

vivir tan cerca del suelo, la panza contra el piso, la igualdad animal, las mejillas palpando la temperatura, escudriñando agujeros, memorizando la extraña geometría de las alfombras. Hago el elogio de la sucia edad, del sabueso humano, cuadrúpedo, con el espíritu en el olfato, incorporando para siempre el olor de la tierra mojada, de los excrementos de los perros y los pisos recién lustrados, del humus y las miniaturas que pueblan el relieve cero. Añoro la hierba en los labios, el vivir recogiendo la mugre de los suelos, inocente y sucio, atento a la mariposa muerta, a los ojos rojos del gusano, a los sorprendidos crustáceos bajo las baldosas, inclinada la cerviz, en relajo el esternocleidomastoideo, la sangre llegando a borbotes al húmedo cerebro, la serotonina inundando de entusiasmo las neuronas.

Hoy sólo puedo mentalmente volver a recrear esa arqueología pueril, sentir la epidermis siempre estimulada por la noble corteza del planeta.

Situarme, tendido, en el punto de vista del anélido, el barro seco agrietándose la piel, todos los órganos rendidos ante la gran ley de la gravedad, dando volantines, volteretas, contemplando en cada giro el matrimonio de tierra y firmamento.

También rememoro el dolor, todas esas caídas que obligaban a buscar el sereno alivio del llorar, las picaduras, las costras en la piel tersa llena de verdes y violetas. El olor del mercurcromo, de las cremas, el talco y las gasas, el precio de ser súbdito del reino mineral, viviendo en el universo mudo de la hormiga y los juguetes.

Y tras cada golpe contra pastos y veredas, te invento. Dibujo tu regazo, tu consuelo, tus cálidos dedos entre mis cabellos. Escucho tu delicada voz acariciando mi nombre. Después, como cada día, se renueva el presente. Entonces, cierro los ojos y ya sólo aguardo la llegada del sueño o del olvido. ■

Constantino Carvallo

La escuela salvará al Perú

"A comienzos de diciembre, el ministro Palermo ha tenido en Trujillo una de sus periódicas inspiraciones. Ha descubierto que en el Perú las cifras indican que durante nueve meses, de lunes a viernes, los escolares reciben 726 horas de clase. Ha comparado esta cifra con las de Japón, donde se estudia aproximadamente 1,500 horas al año. De modo que, alarmado por nuestro déficit, ha impuesto el inicio del año escolar en el mes de marzo. Así, calcula, podremos igualar las cifras de países más desarrollados. Las soluciones son sencillas, basta una calculadora de mano y un puñado de neuronas".



El ensayo *Los ojos de los cuervos* es casi un grito de protesta, una queja, un clamor de su autor por todo lo que se hace y sobre todo por lo que no se hace en la educación en el Perú de hoy. Constantino Carvallo es un conocido educador, pero en su ensayo no ha querido sino plasmar el fortísimo llamado de atención de un hombre hastiado de que los peruanos no queramos ver los gravísimos problemas de nuestra niñez, de nuestra juventud, la crisis no sólo material sino sobre todo ética de la escuela y sus maestros. "La experiencia de trabajar con chicos pobres, implica una permanente demanda de ayuda, de historias espantosas, como la de la madre suicidándose o la de quince chicos viviendo en un mismo cuarto, realmente me sentí agobiado y me pregunté si esto era un hecho excepcional, porque conforme ayudaba a uno aparecían tres; me convencí de que era tal la demanda que era el país el que estaba así, que no había forma de ayudar mediante la caridad porque el número era grosero, gigantesco, monstruoso. Si yo que no tengo dinero puedo ayudar a veinte chicos, el Estado y la gente que tiene mucho dinero, con un poco de buena voluntad, ¿a cuántos más chicos podría ayudar? Pero no solamente no se hace sino que se arguye que las escuelas deben permitir el lucro, entonces me siento yo en un país esquizofrénico".

"De un lado tienes a unos que están en el Internet y del otro lado tienes a gente que está en la barbarie, que no sabe leer ni escribir; la diferencia que hay entre el peruano de clase alta y el peruano de miseria no es intelectual sino evolutiva, unos están en el siglo XXI y los otros en el Paleolítico; ¿cómo pueden convivir en una misma calle hombres tan desiguales?, es una relación necesariamente violenta. Si el Estado no se dedica a igualar, a acercarnos unos a otros, como nación vamos muertos. ¿Quién puede igualar mejor?, la escuela, útero

social, que los agarra chicos, cuando no hay racismo, no hay desprecio por el pobre; la escuela pública es igualitaria si es buena escuela, si es respetada, a ella van a asistir blancos, cholos y negros, en cambio hoy día es un factor de diferenciación".

La escuela como el sustento moral de la nación es pues el urgente reto que nos lanza el autor y ese es el gran aporte de su ensayo; mientras la mayoría habla de "privatizar" la educación y de "educación para el trabajo", Constantino Carvallo se ubica a contracorriente y levanta su voz alertándonos del grave error. "Cuando se habla de inversión en la educación -que tampoco se hace-, se hace no en términos de ser humano sino de trabajador, es decir, capacitar al niño para que se incorpore al aparato productivo y, si bien eso es importante, yo estoy hablando de dónde aprende la honestidad, a pensar, a ser solidario, debería preocuparnos primero que se sienta peruano y que ame al prójimo; la base ética está descuidada, muchos de ellos llegarán al gobierno y delinquirán, tal vez estarán bien capacitados para el trabajo pero muchos serán ladrones, sirvengüenzas". Y él mismo nos propone el camino: revalorizar la escuela como la verdadera "salvadora del Perú"; "si tenemos buenas escuelas, con buenos maestros, vamos a tener buenos peruanos, porque esos peruanos, por más problemas que tengan en la familia, van a encontrar a un representante de la sociedad que es la escuela, que les va a transmitir los valores que queremos, que nos dignifican, y que con el afecto y cariño con que se les va a educar, sembrará gratitud y afecto hacia la patria en la que viven". ■

¿Qué se puede decir a estas alturas sobre el Mundial en una revista como *ideele*? En jugada maestra, pasamos el tema a Constantino Carvallo, quien no defraudó y aprovechó brillantemente el espacio.

El Mundial es de ellos, no mío

Constantino Carvallo R.

De muchos modos enfrento día a día la distancia que me separa, cada vez más, de las nuevas generaciones. Uno pasa súbitamente de un mundo a otro. Cuando creo compartir el mundo de los niños y jóvenes, ser parte de él, sentir y hablar del mismo modo, un giro de la pasión, un quiebre del interés común, nos sitúa a cada cual en su propio territorio.

El último Mundial muestra esa diferencia y los cambios que se han producido en la relación con la nación del alma infantil. Para mí el Mundial Corea-Japón no solo es propiedad exclusiva de ellos, los jóvenes, sino que lo es de una manera distinta de cómo, por ejemplo, me perteneció el Mundial de México 70 o el Argentina 78. Yo tenía 13 años cuando se realizó el Mundial de Inglaterra en 1966 y no me interesó. Recuerdo la polémica del gol de Inglaterra de la final con Alemania como un asunto de la historia, como la Segunda Guerra o el conflicto de los Balcanes.

Asuntos seguramente importantes pero que nada tenían que ver con nuestras vidas aquí en el Perú. No conmovían, no nos emocionaban.

Puede decirse que ello se debía a la falta de televisión, pero esto no hace en verdad la diferencia. De hecho el Mundial se transmitía por un medio quizá más extendido y cálido, la radio. Recuerdo a los curas del colegio escuchando, ellos sí tomados por el nerviosismo y el interés, el España-Argentina, aterrados con el gol de Onega que escucharon con sus pequeños radios a transistores forrados con cuero agujereado.

Ocurría que el fútbol tenía rostro nacional. Incluso podía decirse que se situaba en una esfera social menor, la de los afectos personales, la solidaridad con la tribu pequeña: el club del cual uno era hincha. Yo, por ejemplo, no tenía interés en un seleccionado nacional cuya delantera no estuviera integrada por tres o

cuatro jugadores del Alianza Lima. Cuando esto ocurría, rara vez felizmente, el combinado no era ya plenamente patrio y me interesaba poco su destino final. Inconcebible era entonces interesarse en una competencia que no solo no tenía a los ágiles aliancistas —así los llamaba *La Prensa*— sino que ni siquiera contaba con la participación del "combinado patrio". El Mundial de Inglaterra, con todos sus Eusebios, no significaba nada en el corazón y los afectos de un adolescente que valoraba el fútbol como expresión de la afirmación de un orgullo personal, intransferible, ligado irremediablemente a los compatriotas y, entre ellos, a los miembros de la misma pasión por unos colores que significaban la comunidad real. Si no estaba el Perú era solo fútbol, movimientos desprovistos de afectividad, un espectáculo tedioso, desespiritualizado, encarnado por extranjeros talen-

Constantino Carvallo R. es director del colegio Los Reyes Rojos

Fotos: Archivo La República



Partido de Perú contra Argentina en el Mundial del 78.

tosos pero que no convocaban la identificación o la identidad.

Lo grande de México 70 no fue Brasil ni Italia; la trascendencia de Argentina 78 no fueron los goles argentinos o la elegancia holandesa. Todas las virtudes de esos mundiales importaban porque el Perú era parte de la fiesta. Y no solo el Perú; estaban allí el poeta Cueto, Cubillas, Velásquez, Duarte. Los ídolos del estadio de Matute, los parientes más admirados que uno veía con la tribu íntima estaban allí mostrando lo que éramos al mundo entero. Cuando Perú quedó eliminado tras su derrota infame con la Argentina de Kempes, igual que tras el partido magnífico contra el Brasil de Pelé, el Mundial se terminó para nosotros. Quedaban partidos, claro; la final, nada menos, pero ya era otra cosa. Una competencia objetiva, fría, con simpatías discutibles,

sin una solidaridad clara que ayudara a galvanizar las expectativas. Todos queríamos que ganase el Perú, nos reuníamos desde temprano para verlo. En cambio, en el fondo, daba igual si ganaba Holanda o Argentina. Podíamos querer una u otra cosa, pero no lloraríamos por ninguno. El fracaso no sería nuestro.

Hoy un cambio notable ha ocurrido en la afición que los jóvenes mantienen todavía con el fútbol. Perú no asiste a un Mundial desde la tarde fatídica en que los polacos terminaron por romper a la complicada escuadra que, plagada de pleitos intestinos, asistió al Mundial de España 82. El gol inútil de Guillermo La Rosa puso fin a un modo de vincularse con el fútbol que es también expresión riesgosa del modo de vincularse con la patria. ¿Ha visto usted las camisetas que se venden en Ripley o Saga, en

Polvos Azules o en Gamarra? Están Brasil, Francia, Alemania, También Inglaterra, Argentina y hasta Corea. No está Perú; su camiseta no se vende. Y no se la ponen. Pero lucen con orgullo la camiseta de Francia, sobre todo antes de empezar este Mundial. Son tan usadas que los grifos y otras tiendas las han entregado en sus ofertas para los niños y jóvenes. ¿Nos habríamos puesto la camiseta de Inglaterra o Portugal hace veinticinco años? Ni siquiera se vendían; teníamos la nuestra o las nuestras, la de Alianza y la del Perú.

Cuando he visto el Mundial con muchachos, obligado en realidad por el trabajo o el deber familiar, he tenido que fingir, como con algunas películas para niños, un interés que en verdad no sentía. Pero ellos no solo parecían festejar los goles y jugadas sino que conocían al detalle a los jugadores más increíbles, el centro delantero de Senegal o el arquero de Turquía. Y no solo eso; sabían de sus equipos, sus costos de fichaje, su currículo. La verdad es que su erudición era superior a la que teníamos en los setenta. Yo conocía a los veintidós jugadores del Perú y punto. A los demás los apreciaba cuando chocaban con nosotros. De Alemania a Müller, porque nos clavó dos goles; el resto no lo recuerdo, quizá Libuda porque no pudo con Nicolás Fuentes o Beckenbauer porque tenía carisma y podía uno identificarse con su presencia y valor. ¿Quiénes eran los búlgaros? ¿Quiénes eran los escoceses, fuera del tal Jordan que venía precedido de la fama inquietante de borracho y mujeriego? Ahora los conocen a todos.

Arman en juegos de Nintendo sus equipos ideales, los compran, los venden. Saben más de ellos que de los patéticos ídolos del campeonato nacional. Pero su afición es, para bien o para mal, más solitaria, menos parte del calor y la identidad con la patria que vivimos sus padres. No se agrupa ya la gente, la familia, los amigos para ver al escuadrón nacional saltar a la cancha. No hay ya cebiches, almuerzos, ni se paraliza la vida pública como en ese extraordinario cortometraje que filmó Robles Godoy en uno de esos días de paro nacional. La tribuna no se llena con los muchachos esperanzados en ver al Perú ganar o perder pero mostrando el talento y el valor que puede uno admirar. Nada de eso. Se va al estadio a silbar, a manifestar el rencor y la frustración y, si se puede, también la violencia y la destrucción.

Es el triunfo de la Internet, la globalidad sumada a la caída vertiginosa de la educación y el deporte. Sin nada que apreciar en casa, sin modelos de victoria y coraje, no queda sino satisfacer fuera esa necesidad. No se es hincha del Perú sino de Inglaterra o de Brasil. No se es de la U o el Alianza, en términos mayores, sino del Bayern, del Real Madrid o, mejor aún, del equipo Pepsi cuyas camisetas se agotaron en las tiendas de videos del Blockbuster. ¿Pero puede sentirse lo mismo por Senegal o Francia desde aquí que lo que sentíamos por los colores del Perú? ¿Puede gritarse un gol de sabe dios qué nombre impronunciable, un checoslovaco-alemán o cosa semejante, del mismo modo como

gritamos el gol de Cubillas en el Mundial del 70 o el de Perico a la Argentina de Cejas desde el cemento ardiente de tribuna norte en 1969?

El problema por supuesto es que uno no quiere pasar por chauvinista ni, menos, defender alguna forma nefasta de nacionalismo. Tampoco pretender que en el fútbol se juega el destino de la patria, ni que es mejor hinchar por los colores nacionales que por los de cualquier otro club o selección que a uno le venga en gana. El problema es, precisamente, que no se dan las condiciones para hinchar por nadie, ni aquí ni fuera.

Sostengo que el interés de los jóvenes por el Mundial Corea-Japón es una diversión pero no seduce a la pasión, no emociona porque para ello debe comprometerse la identidad, la conciencia de una cosa común que une a quienes luchan en la cancha y a quienes los contemplan luchando de otro modo desde la tribuna.

El fútbol es hoy un espectáculo, como el automovilismo o el tenis, pero no es un evento afectivo en el que triunfando o ganando se construye una historia compartida con quienes comparten una misma nacionalidad. Puede uno encontrarse con otro cincuentón y, como escribía Cohn-Bendit, hablar del fútbol que vimos o, mejor aún, del fútbol que vivimos juntos. ¿Te acuerdas del pase de Chumpitaz, largo como un cohete a la Luna, del túnel de Cueto a los argentinos, de las manos flojas de Rubiños, la insolencia indispensable de Chalé, la sencillez de Didi? En el

futuro, ¿conversarán sobre los goles de Rivaldo, las atajadas del turco de las sombras bajo los ojos, el pelo pintado del modelo Beckham? Falta algo para darle sustancia al recuerdo, para que permanezca gozoso en la memoria, para que sirva como un misterioso lazo de unión con el prójimo más cercano, el peruano como yo.

Porque incluso ahora que escribo el nombre de Chumpitaz siento vergüenza y no pude escribir el de Cubillas para que la corrupción no actúe también mancillando y pudriendo los recuerdos. El deporte peruano es una vergüenza. ¿Es que acaso no significa nada ver en los medios los triunfos del deporte internacional y vivir diariamente el fracaso de los nuestros? Y no es solo que Chile nos saque de un mundial goleándonos 4-0 o que Ecuador nos gane en un día de fiesta en el Monumental, 70 mil personas aguardando regresar al pasado victorioso. Lo peor es la conciencia de que esas derrotas expresan una realidad inocultable: la del país en que nos hemos convertido. Solano enfrentado con el Chorri, los jugadores pidiendo más y más y cuidándose cada vez menos, los dirigentes peleando con la prensa, la prensa buscando en la basura, la afición disfrutando del insulto y la venganza. Un técnico apoyado por Fujimori pasando el tiempo en el hipódromo; el otro, Uribe, disfrazando el fracaso, mintiendo y mintiéndose. Los deportistas no son ya ídolos de nadie, no alcanzan la estatura de los mitos. Y los que fueron han caído borrando incluso su propia gesta histórica. Cubillas entregando



Selección peruana en el Mundial de México 70.

polos por orden de Montesinos se enfrenta al Nene que cimbreante encajó ese gol a Bulgaria.

No podemos admirarnos entre peruanos. Ramón Ferreyros o el tenista Horna andan lejos de la multitud, no levantan la moral como lo hacían Johnny Bello, Mauro Mina o el gran Ricardo Duarte. El deporte se ha desacralizado, se ha banalizado, ha perdido ante el comercio y la globalidad. A los jóvenes no les queda sino apreciar a los monstruos del deporte internacional y al hacerlo la realidad más cercana se reduce, se mira empobrecida, sin verdadero orgullo o con desprecio y malestar. ¿Por qué el Perú no gana en nada? ¿Por qué ni siquiera va a un Mundial? ¿Es culpa de Delfino, de Reynoso, de Maturana, de Oblitas? Nada de eso. Es una manifestación de una decadencia larga y profunda, de un cuestabajo que se muestra en sus niveles altos en los videos de Montesinos pero también se siente en las fuerzas negativas que habitan en

el fútbol nacional. Lo sano, lamentablemente, es no identificarse con los colores del Perú, con sus derrotas humillantes, con su mediocridad y su falta de valor moral. Lo triste es que se vive aquí y que despreciar lo que es nuestro es, de algún modo, despreciarnos a nosotros mismos. Por lo menos hasta que se disuelva la conciencia nacional y el mundo se vuelva la aldea global sin patrias ni raíces. Todos seremos entonces del equipo Pepsi, hinchas simultáneos de Ronaldo y de Zidane, de Oliver Kahn y la Bruja Verón. Mientras ese horrendo cosmopolitismo, el que pronostican los autores de *Imperio*, se impone, debiéramos hacer algo para asistir al próximo Mundial. O por lo menos para que podamos estar en el del 2010. Ello supone que la comunidad deportiva —prensa, deportistas, técnicos, dirigentes y aficionados— comparta una meta común y busque sinceramente conseguirla.

No es un asunto baladí. Los jóvenes y los niños necesitan de

facilitadores de la vida en comunidad. Motivos para estar orgullosos de la nación en la que se vive, estímulos para quererla y valorarla. Ha escrito Rilke que la única patria del hombre es su infancia. Alimentar la patria, engrandecerla, es dar a esa infancia recuerdos gratos del país en el que se está. Entre esos recuerdos aparecen las tardes soleadas en las que la camiseta nacional se impuso a la adversidad, al rival y logró con su entrega y capacidad un triunfo imposible con el que resulta dulce entregarse por la noche a rememorar. No importa si fueron las morenas del vóley o el peleador que tumbó a su contrincante o, simplemente, el magnífico pase que se lanza hacia la portería rival. No importa. Necesitamos héroes para nuestros hijos, hazañas emocionantes, proezas del hombre del Perú en la competencia internacional. Lo que en verdad requerimos del deporte son motivos para agradecer haber nacido aquí y no allá lejos, junto a Zidane. ▲

¿Qué hacer desde la

Fernando Fuenzalida:

"Hay que hacer algo frente a la falta de futuro"

La violencia no ha aparecido súbitamente: está presente entre nosotros desde hace un buen número de años. Lo que sucede es que durante las últimas décadas la preocupación se ha ido desplazando desde la violencia terrorista hacia la violencia delictiva, que hoy ocupa el primer plano de nuestra atención.

La violencia de la que hablamos en una ciudad como Lima tiene una edad: nos estamos refiriendo a la violencia juvenil. Frente a esa violencia, la tentación -acá o en cualquier parte del mundo- es la misma: reprimir y reprimir. Así, en el curso de los últimos cinco años hemos estado discutiendo medidas como el toque de queda para menores de edad -que personalmente considero una solución disparatada- o las multas a los padres de familia cuyos hijos pintarrajean las paredes (me gusta recordar una pinta famosa hecha en una de las pirámides de Egipto: "Tolomeo estuvo aquí y Tolomeo no era analfabeto").

La violencia juvenil ha existido desde que el mundo es mundo. Si revisamos la historia de la civilización, encontraremos que los muchachos que hoy en día se agarran a pedradas en las playas de Lima no hacen otra cosa que repetir lo que hacían los Montesco y los Capuleto que sacaban la espada y se mataban en las calles hace 300 años. Los jóvenes siempre han presentado conductas antisociales. Es un fenómeno que

forma parte del proceso de maduración del ser humano y que se presenta en una etapa intermedia; el joven que todavía no ha asumido responsabilidades sociales -que no trabaja ni tiene una familia- tiende a afirmar su personalidad enfrentándose a la norma.

Así, nuestro problema no consiste en que ahora tengamos que enfrentar una violencia juvenil que no existió jamás. Tampoco es -como parece creerse- un problema que sólo se presenta en nuestro país. Las capitales de la violencia infantil y juvenil no están ni siquiera en Latinoamérica o en el Tercer Mundo; están en ciudades como Nueva York, Los Ángeles o San Francisco. Es de ahí de donde nos llegan los informes más atroces, asesinatos cometidos por niños de siete años y situaciones semejantes.

Lo que sí cabe preguntarse es si existe una causa general para que durante las últimas décadas la violencia juvenil e infantil se haya difundido de un modo tan explosivo. Aunque sin extenderme en ella, quiero señalar una hipótesis: nuestra civilización se encuentra frente a un problema grave, que es el estado de devastación de las instituciones socializadoras primarias de la persona, particularmente de la familia. En el Perú, en este momento, sobre este trasfondo que, por otra parte, resulta proyectado y difundido por el dominio socializador que han asumido los medios de comunicación y que



de alguna manera sustituye el vacío que está dejando la familia, se está produciendo una expansión de la violencia juvenil e infantil. Quiero limitarme a señalar una causa que se resume en una sola expresión: la ausencia de futuro.

El elevadísimo costo de la educación y los altos niveles de desocupación no solamente apartan a nuestros jóvenes de las universidades, sino que además aumentan el número de deserciones. Queda un canal alternativo, que es el de aquellos que, pasada la edad de integrarse completamente a la sociedad, prolongan su vida adolescente sin asumir responsabilidades y se mantienen como dependientes del núcleo familiar. La crisis económica hace cada día más

sociedad?

Constantino Carvallo:

"Debemos acortar las enormes brechas sociales"

difícil esa prolongación entre nosotros, con la consecuencia de que los jóvenes tampoco pueden ser reabsorbidos por el núcleo familiar.

Cuando la sociedad desmantela esas instituciones y deserta de esa tarea, entonces nosotros no podemos esperar civilización. Dije que durante toda la historia ha existido, por parte de los jóvenes, una conducta antisocial, pero quiero precisar muy bien que ésta es natural en cuanto se trata de una fase preparatoria e intermedia a la etapa de plena integración social. Si esa violencia deja de tener un carácter transitorio y crece hasta imponerse, estamos ante un signo de alarma. Pero eso sí, quiero enfatizar que yo no creo que el signo de alarma esté en la maldad de los jóvenes; es en el estado de nuestras instituciones donde debemos buscar las causas.

No podemos evadir el hecho de que esas instituciones, cuyo estado debe alarmarnos, están constituidas no por jóvenes, sino por nosotros, los adultos. Me parece que hay un fantasma que nos persigue ahora, y que no se trata del comunismo que señalaba Marx: es el fantasma generacional. Desde los grandes cambios de 1961-1968 nos acostumbramos a decir que toda persona mayor de 30 años era un enemigo; ahora modificamos nuestro lema y estamos empezando a decir que cada persona menor de 30 años es un enemigo. Debemos responder atacando directamente las causas: la miseria, el desempleo, la brecha cada vez mayor que se abre entre los ricos y los pobres y que constituye la causa fundamental de la desintegración familiar. ■

Soy profesor de un colegio y padre de dos hijos, no creo tener más mérito que eso.

Hace un tiempo, mi hijo Martín, que tiene 20 años, caminaba a la una de la mañana por una calle de Barranco. Fue seguido durante cinco cuadras por una pandilla de 12 ó 13 chicos de alrededor de 13 años. Él notó que lo seguían y empezó a correr. Lo alcanzaron y le preguntaron: "¿hincha de qué equipo eres?, ¿por dónde vives?"; cualquier pregunta mientras algunos se colocaban detrás de él. Lo tumbaron de un botellazo en la cabeza y empezaron a pegarle. Pensó que le querían robar y les entregó su billetera. Tiraron la billetera sin tomar nada de ella. Cogieron las botellas y le abrieron la cara desde el ojo hasta la boca. Tuvinos que coserlo y ha quedado con una cicatriz en el rostro, pero no es eso lo que más me preocupa.

A partir de ese día, él tiene sus propias ideas, empezó a salir con un bate de béisbol con unos amigos que hacían eso desde hace tiempo. Todas las noches veía que salía y, cuando le preguntaba adónde iba, me respondía: "No sé". Parece ser que hay un sector de nuestra clase social que usa el bate de béisbol sistemáticamente. ¿Para golpear a alguien? No lo sé, tampoco sé si esto ocurre en Nueva York y en todas partes. Pero me tocó a mí.

Intenté encontrar a los chicos que habían asaltado a mi hijo. A través



de mis alumnos conversé con algunos de ellos y pude enterarme de que su entretenimiento de fin de semana, a partir del jueves por la tarde, es salir a Barranco, a la parte baja de Chorrillos, a pegar, golpear, buscar pleitos o enfrentarse a otra pandilla. Pude enterarme de sus lemas, de los odios hacia otras pandillas; incluso observé sus armas: las lanzas, los palos.

Por esa época, yo asistía regularmente al estadio del club Alianza Lima y veía las divisiones de menores. Veía que los chicos eran muy

**Seguridad
ciudadana**

47

**Nº 93
dic. 96**

pobres y siempre se acercaban a pedir plata. Por una situación especial que se presentó obtuve recursos como para invertir en la educación de algún sector social que lo necesitara. El que más cerca tenía era este club y entré a trabajar en la educación de los chicos menores del Alianza, que tenían entre 10 y 18 años.

En el verano de este año llevé a 300 de esos chicos a ver *Toy Story*. Al acabar la función, la pregunta surgió casualmente: 298 no habían ido nunca en su vida al cine. Cuando fuimos a la playa, nos enteramos de que por lo menos la mitad nunca había estado en el mar, en una ciudad que tiene una costa tan impresionante. Estas constataciones me produjeron mucha confusión.

Con una psicóloga hicimos una serie de pruebas: el nivel de brutalidad -para no hablar de inteligencia- rondaba con lo subhumano. He oído decir al padre Lanssiers que en Lima se estaba forjando una especie subhumana; yo trabajo con esos chicos que tienen hermanos pasteleros, que viven no en los cerros sino en los callejones de Lima, que están en primero de media y no saben leer, es decir, no pueden interpretar mínimamente un texto. Estos chicos no pueden competir en igualdad de oportunidades con los que han ido al colegio; la distancia entre ellos y mis alumnos de Barranco no es intelectual sino evolutiva. En el terreno del lenguaje la distancia es de una injusticia inaceptable.

Gran parte del problema que tenían estos chicos para acercarse a los del otro sector social era que sentían que apestaban; tienen muchos complejos, mucha inseguridad, saben que los conocen incluso por su olor. Como en el colegio hay duchas, con mucha delicadeza los invité a bañarse. No aceptaban ducharse solos. Se duchan en grupo sin sacarse el calzoncillo. Eso revela la promiscuidad en la que viven, en casas que no tienen ducha.

Carvallo... (viene de pág. 48)

Estos chicos son muy formales; han aprendido la cáscara de la educación: saludan cortésmente y, cuando te das la vuelta, te sacan la billetera. Defecan en cualquier sitio, no tienen vergüenza, asco ni pudor, que creo que están a la base de la moral y constituyen el paso previo para construir los principios éticos. Tienen, en cambio, una serie de supersticiones. A pesar de que son famélicos, no aceptan comer pollo porque están convencidos de que los vuelve maricones; ninguno sabe cortar carne porque nunca han tenido la oportunidad de comerla.

No voy a seguir con esta letanía, pero quería transmitir esta experiencia porque creo que es necesario que nos demos cuenta de lo que está ocurriendo, de que en este país se están separando cada vez más los ricos de los pobres y de que cada vez los ricos son menos y los pobres son más. Creo que hay una miseria educativa, que ya no toca solamente los órganos corporales sino el espíritu mismo; creo que el proceso de volverse adultos no se está produciendo en un extenso grupo de muchachos que no tienen padre, que no tienen familia, que viven de a ocho y cuya socialización consiste en asaltar y robar.

Yo también he tenido 17 años en el Perú y creo que lo que está pasando ahora no pasaba antes. Considero que se está agravando la terrible situación en la que conviven civilización y barbarie. Mientras un sector social está en Internet, el otro no sabe hablar; cuando los integrantes de esos dos sectores se encuentran en la calle se produce el hecho violento. Pero no se puede teorizar demasiado. Lamentablemente, tengo que aceptar que quienes le pegaron a mi hijo no son responsables de lo que pasó. Aunque creo que también son responsables, así como sus padres. Pienso que deberían agravarse las leyes para sancionar a todos los adultos que traen hijos a este mundo y que no se hacen cargo de ellos.

César Rodríguez Rabanal
(psicoanalista)



Brindo por un año en el que tengamos suficientes motivos para sonreír genuinamente.

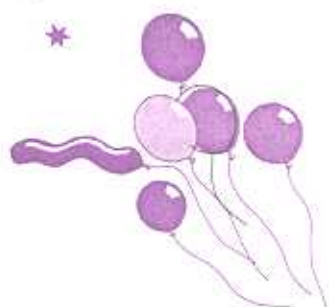


No se llega a hombre sino por un proceso social, no se nace siendo eso que César Vallejo llamaba "hombre humano". Es posible que pertenezcamos a la especie del Homo Sapiens, pero la capacidad humana de ponerse en la piel de otro es el resultado de un proceso educativo que supone el afecto, el cuidado y la atención que recibimos de otras personas. Creo que sin eso no se forja humanidad.

Constato espantado y pienso que es un escándalo que exista una cantidad de chicos que no están recibiendo no solamente el pan que les permitiría construir su cuerpo, sino el cuidado, el afecto y la educación que necesitan para construirse como seres humanos. No creo que nuestra principal preocupación deba consis-

tir en cómo protegernos, sino en cuánto nos afecta lo que les suceda a otros seres humanos que no son como nosotros.

Creo que la situación es alarmante y que nos falta mucha caridad. Creo que la familia, las escuelas, las universidades, la sociedad toda debería enseñarnos que los valores principales tienen que ver con la preocupación por el otro. Creo que lo mejor que se puede hacer es educar a los hijos de esa manera, para que ellos construyan un Perú distinto sin hacer caso a la izquierda peruana, que despreció la caridad llamándola asistencialismo; o incluso el psicoanálisis, según el cual yo hacía caridad porque tenía culpa, porque mi mamá no me quiso. ■



Magda Mariano Ramón

(inocente liberada)



Brindo por la libertad, porque tiene nombre de mujer, y la mujer en nuestro país es valiente. Por los ausentes que se encuentran en las sombras de la cárcel, para que pronto nos acompañen. Por los hombres y las mujeres que, llenos de valor, arrancan de la cárcel a los inocentes.

**Seguridad
ciudadana**

51

**N° 93-94
dic. 96**